

PROBLEMAS DEL ORIENTE MEDIO

Desde que se concluyó la segunda guerra mundial, el Oriente Medio reaparece, con una insistencia cada día mayor, en las noticias. Puede decirse, sin exagerar, que esta región es el punto neurálgico por excelencia de la política internacional. Cada día más, los observadores mejor informados expresan el sentimiento de que será en esta región demasiado poco conocida en donde se decidirá, en último análisis la cuestión de saber si habrá o no una tercera guerra mundial. Así, pues, es muy natural y está justificado que se dedique un gran interés hacia los Estados y los pueblos del Oriente Medio. Desgraciadamente, interés no quiere decir información. Y, si existe una región en el mundo acerca de la cual nuestros conocimientos sean peligrosamente insuficientes, ésta es, por supuesto, el espacio inmenso habitado por los pueblos del Islam. Ese vacío en los conocimientos aparece lleno, por desdicha, por una masa de informaciones inexactas y aun de prejuicios. Y desde hace mucho tiempo se sabe que nada hay más difícil de destruir que estos. De todo resulta un grave peligro para el Occidente, pues nos hallamos amenazados por este peligro supremo: el de establecer una línea de conducta basada en nociones falsas.

Esta carencia de conocimientos no es de fecha reciente. La religión, la lengua y la cultura hacen que sea difícil el contacto. Además, el europeo apenas si tiene, en general, la probabilidad de visitar el Oriente Medio, pues las condiciones del viaje son penosas y múltiples las dificultades. Todo ello explica un hecho curioso de la historia política de estas últimas décadas.

Poco después de terminada la Primera Guerra Mundial se elevaron diferentes voces, cada vez más numerosas, que denunciaban los Tratados de paz firmados en las cercanías de París. Hombres como Winston Churchill hablaron, en un lenguaje casi bíblico, de los errores cometidos por Francia, Inglaterra y América. Un historiador francés bastante conocido, Jacques Bainville, en su libro *Les conséquences poli-*

tiques de la paix, hizo un severo análisis del nuevo orden de cosas, y de su estudio sacó la conclusión, con una visión de una claridad espantosa, del estallido de una nueva guerra.

Versalles que dió su nombre al Tratado alemán, aparecía condenado con razón por la dureza de sus disposiciones y, sobre todo, por sus reclamaciones absurdas de unas reparaciones que manifiestamente un pueblo exangüe no podía pagar. Se alegaba que, lejos de debilitar a Alemania, esa injusticia irritante exasperaría el nacionalismo del Imperio del Centro, cuya centralización habíase aumentado bastante más por los artículos del tratado.

Todavía más numerosas que las críticas de Versalles fueron las que se produjeron con motivo de los Tratados de Saint-Germain y del Trianón. Estos instrumentos diplomáticos habían consagrado la destrucción de Austria-Hungría y su sustitución por una serie de pequeños Estados innegablemente no viables. Los espíritus clarividentes comprendieron en seguida que el final del imperio de los Habsburgos crearía, en la parte más estratégica de Europa, un caos completo, el cual llevaría no sólo a la ruina económica del Continente, sino que abriría también la vía a cualquier agresión futura. Con razón se puso entonces de relieve que la cuenca de los Cárpatos había ejercido, por ley de la Geografía, la función de fortaleza de Europa. Se censuró, pues, a Clemenceau y a Lloyd George el haber desmantelado, consciente o inconscientemente, nuestras mejores defensas, a la vez que había destruído la balanza interior del Mundo Occidental, esencial para poder sobrevivir.

En efecto, si los tres primeros Tratados se vieron, desde el siguiente día de su firma, sometidos al fuego cruzado de cuantos eran inteligentes y estaban bien informados, no ocurrió lo mismo con los otros dos Tratados: el de Neuilly y el de Sèvres. Podemos aceptar el Tratado de Neuilly, impuesto a Bulgaria, el cual no se ocupaba, en verdad, más que de un país relativamente pequeño y sin influencia inmediata en la estrategia mundial. Por el contrario, el de Sèvres consagraba la destrucción del imperio otomano.

Se ha hablado mucho del papel pacificador de Austria-Hungría. Pero se ha mencionado poco que la misma función que los Habsburgos cumplían en las orillas del Danubio se hallaba ejercida por los turcos al Sur del Mediterráneo. El paralelismo de ambos Estados es, por otra parte, una de las cosas más evidentes de la historia. Casi podría decirse que somos los testigos, a través de los siglos, de una tragedia de

la antigüedad griega, porque si, durante varios siglos, Viena y Constantinopla hicieron una guerra encarnizada, los dos países, en virtud de sus mismas funciones, se hubieran visto obligados a entenderse y a ayudarse mutuamente. Desgraciadamente, esta comunidad de aspiraciones no fué comprendida por los hombres sino a una hora en que ya las fuerzas mundiales habían condenado a muerte a los dos Imperios. No se trata de un accidente, sino de un hecho de una profunda significación histórica, el que durante su última gran guerra los turcos y Austria-Hungría lucharon codo con codo durante cuatro años y medio contra un mundo enemigo. En la hora suprema, los dos grandes Imperios federales habíanse unido otra vez.

No se olvide que, en su sentido más profundo, el Imperio turco y el Danubio eran supranacionales. Ambos a dos ejercían una función de árbitros y agrupaban a un gran número de pequeñas naciones para darles, en una región estratégica de la mayor importancia, la seguridad que procede de una defensa común. Los dos Imperios no intentaron privar a sus nacionalidades respectivas de su carácter especial. Comprendieron que la diversidad es una fuerza cuando existen vínculos sólidos, y sus concepciones políticas eran opuestas a la idea centralizadora. Era en este sentido, ciertamente, en el que se los acusaba de arcaísmo, pensando que, al dar la libertad a los distintos componentes de la federación, el aparato se hace, necesariamente, más difícil de manejar. Y para numerosísimas personas, "diversidad" se interpreta como "debilidad". Por eso era por lo que llamaban a Turquía el *hombre enfermo* y a Austria-Hungría el *Imperio moribundo*. Pero que no era ese el caso, nada lo prueba mejor que el hecho de que los dos Imperios supieron defenderse, durante más de cuatro años, contra unas potencias numérica y económicamente muy superiores. Unos Estados artificiales o demasiado débiles jamás habrían podido realizar una hazaña semejante. Tenemos aún en la mente el ejemplo de Checoslovaquia en 1939 y de Yugoslavia en 1941. Ambos países salieron del cuerpo de Austria-Hungría y sus súbditos eran los hijos de quienes habían defendido el trono de Viena. Sin embargo, se hundieron ante el primer empuje del hitlerismo, porque los pueblos —en eso más inteligentes que cuantos los dirigen— se niegan al sacrificio supremo en la defensa de algo que se les aparezca como falso o artificial.

Aparte de su estructura política, los dos Imperios tenían otros dos rasgos comunes. Además del vínculo dinástico, su unidad estaba basada con fuerza en el sentimiento religioso. El Sultán no era solamente

un gobernante temporal. Era a la vez califa, es decir, jefe de los creyentes. Era también el guardián de los santos lugares. Por otra parte, el soberano del Imperio danubiano, como emperador de Austria, seguía la tradición del Santo Imperio Romano-Germánico, y, como rey de Hungría, era rey apostólico, títulos ambos que tienen una amplia significación de universalidad católica.

La función de paz de ambos Imperios llevaba consigo la resistencia contra los imperialismos extranjeros. Viena protegía la cuenca danubiana contra las codicias rusas. Constantinopla, por su parte, debía luchar contra el mismo imperialismo, así como contra la opresión inglesa, la cual —desde el siglo anterior— multiplicaba sus expansiones colonialistas en el mundo islámico. Al luchar contra el espíritu imperialista, inspirados por un mesianismo racial o bien consideraciones propiamente económicas, los dos Imperios mantenían las regiones más cruciales del mundo fuera del alcance de las grandes potencias, cuya política contenía sin duda peligros de guerra. Así, pues, con todas sus culpas y debilidades, los dos grandes Imperios cumplían una misión pacificadora y estabilizadora esencial.

Acabamos de hacer una excursión bastante amplia sobre este tema de interés histórico, por la simple razón de que éste apenas si ha sido raramente comentado. Los europeos comprendieron poco después que la disolución de la unidad danubiana conducía a la catástrofe para el Continente. Por consiguiente, hubiera sido lógico deducir que una acción paralela en el mundo islámico conduciría, naturalmente, a consecuencias semejantes. No hubiera habido razón para extrañarse de que el Oriente Medio se trocase, a su vez, en el punto neurálgico del mundo. El dilema sólo consistía en saber cuándo los errores del Tratado de Sèvres producirían sus consecuencias lógicas e ineluctables.

Al final de la primera guerra mundial, el mundo del Islam se encontraba, pues, en un caos completo. Si éste no tuvo las consecuencias inmediatas y brutales que aquellas de que habíamos sido testigos en la cuenca del Danubio, la razón de ello consistió en que las grandes potencias —sobre todo Francia e Inglaterra— impusieron inmediatamente a la región un régimen colonial o semicolonial. Se había prometido a los nacionalistas árabes la autodeterminación. En lugar de ésta se les dieron gobiernos extranjeros y la ocupación militar. Y ésta impidió que las consecuencias de la disolución del Imperio otomano se hicieran sentir en seguida. Y una inmovilidad forzosa se impuso en el Oriente Medio. El juego libre de los hombres ya no se ejercía, salvo para una lu-

cha sorda y subterránea de las naciones islámicas contra sus opresores. Del mismo modo, apenas si aparecían las consecuencias económicas de la destrucción de la unidad imperial, puesto que las regiones manumitidas del yugo turco eran inmediatamente explotadas en beneficio del que las ocupaba. No había, pues, medio, para estas economías independientes, de desarrollarse, y sus problemas financieros dependían de París o de Londres. No obstante este intermedio, si impidió las consecuencias lógicas del tratado de Sèvres, agregó, al aplazar el problema, un nuevo factor de peligro, pues creó, en las naciones naturalmente orgullosas, un complejo terrible, consecuencia del colonialismo.

Cuantos estudian la psicología del mundo contemporáneo olvidan con frecuencia, respecto a gran número de pueblos, que el colonialismo, sobre todo el de los anglosajones con su *colour line*, ha creado en el mundo un grave problema psicológico. Eso explica muchas acciones indudablemente irracionales de los hombres políticos de los países recientemente liberados. Y el alcance político de ese factor psicológico puede revestir gravedad excepcional.

Así, pues, cuando la segunda guerra mundial provocó la liberación de la mayor parte de las naciones islámicas y condujo al hundimiento gradual del Gobierno por el extranjero, existían en el Oriente Medio todas las condiciones propicias para llevar a unas consecuencias tan desastrosas como las que aplastaron a Europa después de la desaparición de la unidad danubiana. Por eso no debe sorprendernos si hoy hallamos en el Oriente Medio las causas más profundas de inquietud acerca del porvenir de la paz internacional, pues si la Segunda Guerra Mundial estalló como resultado de la desintegración de la cuenca danubiana, una causa similar, en otra región no menos importante, podría conducir fácilmente a los mismos efectos al cabo de una generación.

* * *

Por último, si hoy se consagra una actividad mayor a los asuntos del Oriente Medio, no es menos evidente que reina una confusión general acerca de sus conflictos geográficos. Creemos inútil tratar de enumerar todas las diferentes definiciones que se nos han dado por historiadores, geógrafos y hombres políticos. En eso, como en cualquier otra cosa, es menester ver y juzgar con amplitud de criterio. En efecto, nada resultaría más falso que limitar la noción con arreglo a nuestra división artificial del mundo en continentes. Eso ha podido tener su

justificación en un momento determinado, pero ya no la tiene hoy. Extender Europa, verbigracia, hasta el Ural está claramente injustificado. Igualmente, hay menos de común entre el Africa del Norte islámica y el Africa negra que entre Marruecos y el Pakistán, ya que las comunidades humanas se hallan menos influenciadas por montañas, ríos y hasta océanos que por vínculos históricos, religiosos, sociológicos y culturales. En estos términos es como debemos juzgar las regiones de ese mundo si queremos, cual hombres realistas, tomar la vida tal como es y no como la imagina un sabio en su laboratorio.

Desde este punto de vista, tenemos para el Oriente Medio un excelente ejemplo. Nadie podrá negar que la U. R. S. S. es un país realista. Ciertamente, Rusia no tiene la tendencia a exagerar los factores espirituales o culturales. Ello sería contrario al materialismo dialéctico. Empero, hacia fines de 1955, en el Ministerio de Negocios Extranjeros soviético se operó una reorganización muy significativa. Cuando el embajador ruso en El Cairo, Daniil Semenovitch Solod, regresó a Moscú para desempeñar allí la función de Director de los Asuntos del Oriente Medio, el Ministerio aprovechó este traslado para definir nuevamente la región. Debido a ello, la sección Africa hubo de ceder al Oriente Medio, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y el Sudán, mientras que la sección de la India perdió el Pakistán. Hoy, pues, en la perspectiva del Kremlin, el Oriente Medio se extiende desde Carachi hasta Rabat; es decir, en realidad, al mundo del Islam.

Es infinitamente probable que sea esa la mejor definición de lo que podemos llamar el Oriente Medio. Desde el punto de vista político, forma —a pesar de las diferencias locales— una unidad real. El *Alcorán* y la *Ley coránica*, con la lengua árabe, forman un verdadero vínculo entre los diferentes países. Su reacción política y su estructura social, no obstante las diferencias existentes, son harto semejantes. Es, pues, innegable que existe un interés vivísimo en cada uno de los países respecto del otro, lo cual crea una solidaridad de hecho cuya importancia nadie puede negar.

Es asimismo irrefragable que los factores económicos difieren de un país a otro. Los recursos están desigualmente repartidos. Sin embargo, la comunidad entre los países islámicos es tal, que incluso un desarrollo localizado produce sus efectos entre sus vecinos. Nadie duda de que los desarrollos petrolíferos en la región del Golfo Pérsico hayan dado un impulso interesante a los demás países islámicos. Por consi-

guiente, si hemos de hablar de manera bastante general y generalizante, lo hacemos convencidos de que hay una cierta justificación para ello. No se trata solamente de generalización necesaria en un estudio limitado. Se trata también de una realidad tangible.

La misma consideración se aplica en otro terreno. Es claro que la política extranjera de los Estados se siente más influida por sus enemigos que por sus amigos. En el caso de los países y naciones del Oriente Medio, existen diversos enemigos potenciales. Para países tales como Turquía, el Irak y Pakistán, el enemigo hereditario es Rusia. Para Arabia y el Yemen, el miedo a Inglaterra sigue predominando entre ellos. Los vecinos del nuevo Estado judío temen ante todo a los israelitas. En el Africa del Norte, el pensamiento sigue centrado todavía sobre Francia. Eso es, por lo demás, lo que explica las diferencias. Sin embargo, a despecho de éstas, comprobamos que respecto de todas las naciones del Oriente Medio prevalece un concepto común. A pesar de todo, el Gobierno del Irak ha sostenido en cierta medida al de Egipto ante la crisis de Suez. Por otra parte, cuando el Irán se veía amenazado en su existencia por los soviets, que ocupaban el Norte del país, aquél podía contar con la simpatía activa de todos los países islámicos. Igualmente, el coronel Nasser, a pesar de su prolongada colaboración con la U. R. S. S., sigue reprimiendo en su país al comunismo con violencia. Y si en tiempos normales surgen divergencias profundas, son mucho menores que cuando estalla una crisis internacional. Frente a una amenaza extranjera, aquella vasta región demuestra una solidaridad que sorprende nuevamente a cuantos ignoran la comunidad fundamental.

Situándose en una perspectiva histórica, es menester evitar siempre las impresiones superficiales. Así, pues, la rivalidad de la dinastía wahabita con los hachemitas acaso puede parecer irresoluble a primera vista. No obstante, cuando se estudia el fondo de las cosas, se advierte que no es más que una pequeña ola en una superficie unida. La mejor prueba de todo ello nos la ofrece la ayuda económica prestada por el rey de Arabia al rey de Jordania, cuando éste parecía tropezar con dificultades a raíz del cese de Glubb Bajá.

Se trata, pues, cuando se estudia esta región tan importante, de no detenerse en los detalles. Es menester ver las grandes líneas y la gran comunidad, que es también una realidad. Al hablar así corremos el riesgo de que se nos acuse de hacer generalizaciones. Es un peligro

que debemos evitar. Pero hay otro peligro tal vez mayor: el de no ver bien el bosque a fuerza de contemplar mucho los árboles.

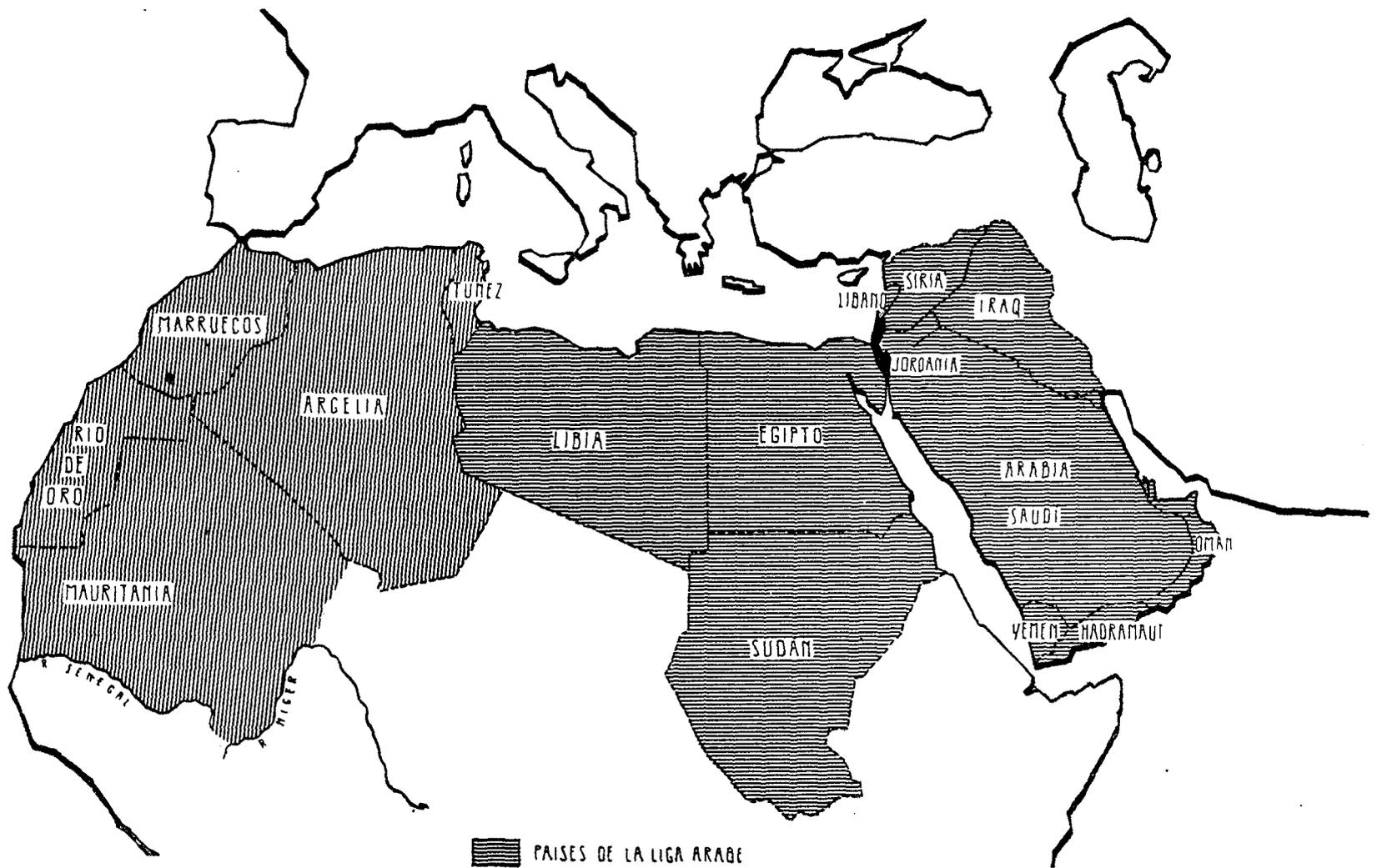
* * *

Al lado de esta realidad que es para nosotros el mundo islámico, hay también un factor histórico que no debemos olvidar al estudiar la situación presente. El mundo islámico ha obrado siempre por oleadas sucesivas. De cuando en cuando, aquella vasta región parece adormecerse y aun separarse de la historia mundial. Entonces se habla de un mundo adormecido, atrasado y hasta de naciones agotadas. Después, de súbito, viene el despertar, la aparición de un unificador que, en poquísimos tiempo, restablece las virtudes características y conduce a aquellos pueblos de una victoria en otra. Tal fué la epopeya de Mahoma. Tras él, siguieron los sultanes turcos. Al mismo tiempo, cosa interesante, ese despertar políticomilitar aparece acompañado de un desenvolvimiento intelectual y científico. Entonces es cuando el Oriente Medio, el mundo islámico, da al resto de la Humanidad grandes pensadores, poetas y escritores admirables, artistas y hombres de ciencia. Cuantos hoy revelan a menudo una tendencia a hablar desdeñosamente de las naciones del Oriente Medio harían mejor en recordar hasta qué punto somos tributarios de su espíritu.

En nuestros días se termina uno de esos períodos de adormecimiento. Nos hallamos en vísperas de una fase de actividad. De uno al otro extremo de este vasto Oriente Medio, de este mundo islámico, nuevas fuerzas entran en movimiento. El sueño que habíase apoderado de la región, desaparece. Sin duda alguna, los pueblos del Oriente Medio no saben todavía adónde van. Pero desde ahora parecen estar a la búsqueda de un unificador, de una idea-fuerza común. El despertar del Islam es un hecho consumado. No faltan quienes lo deploran. Empero —que el hecho agrade o no—, se trata de una realidad con la cual estamos obligados a contar.

Se nos dice igualmente que no se trata ya de un resurgimiento religioso, y que el Islam, en contacto con el mundo moderno, se agotará. No queremos negar la realidad de una crisis. En algunos países, ésta puede advertirse con mayor claridad que en otros. A pesar de todo, puede afirmarse que, como regla general, la fuerza del Islam apenas si se ha debilitado, y aun en ciertas regiones hace progresos. Por supuesto, será menester que se adapte al mundo moderno. Pero precisa-

EL MUNDO ARABE



mente hay entre muchos de nosotros la tendencia a confundir en el Islam lo que es accesorio con lo que es esencial. Existen formas, dictadas por consideraciones políticas, que deberán caer y que caen. Pero, al lado de todo eso, tenemos la realidad religiosa, próxima a nuestras ideas cristianas, la cual, a nuestro juicio, sobrevivirá. Hablar, pues, de una crisis mortal del Islam sería equivocado. Este seguirá siendo una fuerza con la cual debemos contar.

Frente a esta realidad es como deben juzgarse los tres factores que, a juicio nuestro, influyen de manera más profunda en la vida de los pueblos del Oriente Medio, sin cambiar hoy todavía en ellos su contenido fundamental. Son esos mismos pueblos los que han conducido a su despertar a toda la región, que en sus últimas consecuencias, en un plan político, tendrán un resultado que afectará a las generaciones del porvenir.

* * *

Durante los últimos siglos, la situación del Oriente Medio no era satisfactoria. La población, por regla general, vivía menos bien que en Europa. Claro es que siempre resulta peligroso comparar niveles de vida entre sí. Tenemos demasiado la costumbre de juzgar a los demás por nosotros mismos y hasta de considerar que las necesidades que nos hemos creado sean indiscutiblemente también las que sienten los demás. Por otra parte, con gran facilidad se pierden de vista las grandes diferencias de clima y la manera de vivir. En lo que nos engañamos con frecuencia es especialmente en el problema de la *habitabilidad*. Olvidamos que aquello que en nuestro clima frío es una necesidad vital sólo tiene una importancia relativa allí en donde las temperaturas son siempre suaves. El mismo criterio se aplica a las ropas y a la alimentación. Bajo cielos más clementes, se puede vivir relativamente con menos. Por otra parte, allí en donde las necesidades son menores es lo más lógico que el trabajo suministrado lo sea también. Igualmente, en este sentido sería injustificada una comparación, lo mismo que la censura de pereza que los hombres del Norte lanzan con bastante frecuencia contra los meridionales.

Asimismo no es menos verdad que, incluso tomando en consideración todos estos puntos de vista, sea débil la situación económica del Oriente Medio. Lo que allí falta principalmente es el agua. En las raras regiones en donde tan precioso líquido abunda, crea una fertilidad excepcional, y de ahí la prosperidad agrícola de algunas regiones tales como el Líbano,

el valle del Jordán, la Mesopotamia o Egipto, que nos son familiares por los relatos de las Santas Escrituras. Pero precisamente esas riquezas a que aludimos fácilmente nos llevan a olvidar demasiado que son limitadas y que también hay vastas regiones desérticas e inhospitalarias. Mientras los pobladores sean poco numerosos, podrán habitar en regiones felices. Pero con el crecimiento del número de habitantes necesariamente los recursos llegan a ser menores y ello conduce, por tanto, a un descenso progresivo del nivel de vida general.

Desde este punto de vista, existe un prejuicio bastante común entre nosotros. Sin cesar se habla de grandes extremos de riqueza y de pobreza en el Oriente Medio, y así se explica con demasiada facilidad el nivel de vida miserable de algunas poblaciones frente a la opulencia de una clase más restringida. Si una interpretación tal de los hechos económicos parece sencilla y agrada, por consiguiente, a los perezosos de espíritu, la verdad es que no corresponde en manera alguna a la realidad de las cosas. Por supuesto, es cierto que hay grandes riquezas individuales en el Oriente Medio. Pero el número de ricos es extremadamente restringido. Un reparto equitativo de sus haberes no tendría, prácticamente, ningún efecto en el nivel de vida general de la población.

Lo que constituía el problema fundamental del Oriente Medio es que muchas gentes querían vivir de la agricultura, la cual era y es inegablemente insuficiente para sostenerlas.

Estas condiciones han cambiado extraordinariamente por la introducción del petróleo en la economía general y por el hecho de que los mayores recursos petrolíferos del mundo se encuentren en el Oriente Medio. Los primeros descubrimientos hechos en el Irán fueron rápidamente seguidos por los del Irak, del Bahrein, de la Arabia Saudita, del Kuwait, y más recientemente aún de los principados feudales del Golfo Pérsico, que, tales como Qatar y Abu Dabi, son realmente colonias inglesas.

Este desarrollo ha sido lento en sus comienzos. Pero ha llegado a ser extraordinariamente rápido con la segunda guerra mundial y con el desarrollo de una economía universal, en la cual el consumo del petróleo aumenta en una progresión aritmética. La necesidad de impulsar sin cesar la producción, impele a nuevos descubrimientos, y éstos se hallan lejos de darse por terminados. Al propio tiempo, los manantiales actualmente en explotación prometen un largo período de prosperidad.

Esta evolución ha sido obra de extranjeros. Solamente una gran potencia, como Inglaterra o los Estados Unidos, puede desarrollar campos petrolíferos de esta importancia. Existe también el problema de las máquinas y el de los hombres. Ambos dependen exclusivamente de las grandes compañías internacionales, como la Standard Oil, la Shell, la Texas Corporation o la Royal Dutch. Esta situación ha llevado a dos fases distintas de la política petrolífera en el Oriente Medio.

Durante la primera de estas fases, son los ingleses quienes primeramente desempeñan un papel. La British Petroleum, que en Irán se llama la Anglo-Iranian, y en Irak la Irak Petroleum, domina el mercado. Existe, pues, un monopolio por parte de los británicos. El resultado de ese monopolio es que la explotación, en fin de cuentas, se realiza sólo a favor de Inglaterra. Los contratos impuestos a los países productores son de tal naturaleza, que a las naciones no les dejan más que un beneficio ínfimo, comparado con la riqueza que se marcha hacia Londres. Por otra parte, la posición de la Compañía se halla reforzada por la presencia en la región de navíos ingleses, los cuales, en caso de necesidad, están preparados para intervenir. Se trata, pues, de la modalidad económica del principio general de la colonización en el sentido que le dieron los grandes imperialistas.

Luego es claro que una política semejante conduzca a reacciones hostiles, en cuanto las naciones interesadas empiezan a darse cuenta de la explotación a que se ven sometidas. Ahí también radica la explicación de todo el episodio Mossadeq en Irán. La Irak Petroleum, por otra parte, más hábil que la Anglo Iranian, cede ante la amenaza de un desarrollo similar.

Lo que precipita aún los acontecimientos y trae consigo la segunda fase, es la aparición de los americanos en la región del Golfo Pérsico, y aún más especialmente de la Aramco en la Arabia Saudita. Los americanos tienen ideología diferente a la de los británicos. Aquéllos forman compañías privadas que no están ligadas tan íntimamente con el Gobierno de su país, como la British Petroleum. Los propietarios de la Aramco, por consiguiente, no cuentan con barcos de guerra para apoyarlos. Además, los americanos, en la línea general de su filosofía económica, piensan que su propia prosperidad está íntimamente ligada al feliz desarrollo del país en que trabajan. Comprenden que la duración de sus operaciones depende esencialmente de las buenas relaciones que mantengan con las autoridades locales. Por consiguiente, los americanos, desde el principio, se declaran dispuestos a asegurar al país

cuyas concesiones disfrutan no sólo un derecho de intervención, sino igualmente también una parte equitativa y justa de los beneficios. Inútil parece decir que esta nueva manera de proceder es conocida inmediatamente desde un extremo al otro del Oriente Medio y alienta las demandas presentadas a los que detentan concesiones establecidas bajo condiciones diferentes. Por consecuencia, dentro de poco el ejemplo americano será obligatoriamente seguido por todas partes.

De esta manera, con el final de la Segunda Guerra Mundial, los Estados productores de petróleo se hallan por vez primera en posesión de considerables recursos. Es como una verdadera lluvia de oro que cae de súbito sobre los desiertos. Con todo el potencial, pero también con todos los peligros que un diluvio semejante trae consigo.

Conviene no olvidar, en efecto, que es más fácil ser pobre que rico. En el mismo sentido, puede decirse que es más cómodo ser virtuoso cuando no se tiene ningún poder que cuando uno se encuentra en una posición de autoridad. Si, en general, la riqueza tiene sus peligros, la riqueza súbita los decuplica. Sobre todo si ésta ha sido adquirida sin trabajo, como si se hubiera ganado, por así decir, el premio gordo. En este caso, la persona beneficiada y que no ha conocido lo que es el dinero, corre grandes riesgos. Por no saber qué hacer con la riqueza nuevamente adquirida, sometida a consejos tan interesados como perniciosos, se hallará en peligro de perder su virtud y al mismo tiempo de no aprovecharse de su riqueza, que tal vez empiece a dilapidar sin que después le quede gran cosa de ella.

He ahí el peligro innegable de la rápida opulencia de pueblos hasta entonces pobres. Y ese peligro se ve aumentado aún por el hecho de que en la mayor parte de los pueblos interesados —con excepción del Irak y del Irán— no hay grandes cosas en las que invertir las enormes sumas obtenidas. Salvo en cuanto al petróleo, no hay otra probabilidad de desarrollar la agricultura y aun poca esperanza de descubrir minas o de crear nuevas industrias. Las ganancias considerables son, pues, gastadas con bastante facilidad en bienes de consumo y en lujos inútiles, con lo cual sólo se aprovecharán, en fin de cuentas, los comerciantes astutos.

Afortunadamente, existe la solidaridad de los pueblos del Oriente Medio. Si es imposible —o por lo menos muy difícil— invertir ingentes sumas en Arabia o en el Kuwait, no ocurre lo mismo en otras regiones del Oriente Medio. El Irán y el Irak, por ejemplo, sin hablar de Siria o del Líbano, tienen todavía infinitas oportunidades en el dominio de

las minas, de la industria y de la agricultura. Una prudente política de inversiones podría realizar allí milagros. Y al propio tiempo una fuente de riquezas nuevas para los países que —fuera del petróleo o de la arena— no tienen nada o muy poco.

Mientras que se plantean estas grandes cuestiones, el dinero proveniente de la industria petrolífera empieza a influir ampliamente en la vida. Todavía es demasiado pronto para establecer un juicio definitivo acerca de un desenvolvimiento que, después de todo, no data sino de hace unos diez años. Empero, es un hecho que este cambio súbito, brutal, producirá sus efectos en la configuración del Oriente Medio. No se pasa impunemente desde el camello al avión a reacción en algunos años. El efecto psicológico sobre los espíritus está cargado de consecuencias, y hasta podrá afectar al pensamiento político, religioso y económico. Al propio tiempo creará para los gobernantes deberes tan graves como decisivos. Su acierto o su fracaso se medirá por la manera como sepan dirigir en el plano económico y político una revolución cuya amplitud no tiene precedentes. En todos los casos, los nuevos medios removerán unas fuerzas del Oriente Medio cuyos efectos llegarán a sentir las generaciones venideras. Por lo demás, la influencia de esta revolución petrolífera no afectará solamente a los países productores. Desde hoy empieza a extenderse sobre todos los pueblos del Oriente Medio, puesto que las nuevas fuentes de riqueza se expanden y las ideas-fuerza, consecuencia de este cambio social, no conocen fronteras. Sobre todo en una región en donde, desde el punto de vista cultural y religioso, forma una unidad.

Si todo ello es evidente, la economía del Oriente Medio está en plena revolución, y a esa situación han venido a agregarse aun factores políticos internacionales que contribuyen aún más a reforzar el movimiento en que se encuentran los pueblos islámicos. Entre dichos factores, citaremos en primer lugar la creación del Estado de Israel. El nuevo Estado de Palestina ha sido obra de las potencias occidentales. Fué Inglaterra quien durante la Primera Guerra Mundial, ofreció Palestina a los judíos, con la esperanza de conquistar de ese modo su ayuda. Y ha sido después América la que, en gran parte, ha costado el establecimiento de los israelitas y ha obligado a las Naciones Unidas a admitir la creación del Estado judío.

La reacción de los árabes frente a este acontecimiento era de prever. Palestina, que había sido árabe desde hacía siglos, vió cómo se procedía a expulsar de sus antiguos hogares a más de un millón de personas

para instalar a los judíos. Pero si este hecho explica ya ampliamente la reacción árabe, hay un factor todavía más poderoso y que contribuye a hacerlo aún más violento. Es, por lo demás, un hecho que los occidentales no parecen comprender.

Ya hemos mencionado que el breve período de colonialismo había dejado en el alma árabe una herida que se encuentra muy lejos de estar cicatrizada. Hoy hay en el árabe un complejo de inferioridad y un complejo de colonialismo. Como ha tenido que conquistar su libertad —en la mayor parte de los casos, después de duros combates y a costa de mucha sangre y de muchas lágrimas— ya no cree que sus amos de ayer han aceptado de buen grado su independencia. El árabe está convencido de que no piensan sino en volver a sojuzgarlos. Si la evacuación de los países árabes se hubiera producido en la forma noble y amistosa que ha caracterizado el final del protectorado español en el Norte de Marruecos, no se dejaría sentir un complejo semejante. Pero allí en donde la libertad se conquista tras una gran lucha, se la conserva también con envidia.

Ahora bien: ante tal perspectiva, la gran mayoría de las naciones del Oriente Medio están convencidas de que lo de Israel no es sino un nuevo método de las potencias occidentales para restablecer su dominio colonial. Por otra parte, es preciso admitir que deplorables extravíos del lenguaje alimentan sin cesar esta sospecha. Cuando hombres políticos americanos llaman a Israel una cabeza de puente democrático en el mundo islámico, evocan el sentimiento de que la cabeza de puente no es otra cosa que el punto de partida de una amplia ofensiva. En otro aspecto, la agitación expansionista de algunos extremistas de Israel aumenta también la tensión. El hecho de que en Tel-Aviv se insista sin cesar en una frontera natural sobre el Eufrates y el Nilo crea en todo musulmán el sentimiento de que su independencia nacional está gravemente puesta en peligro.

Resulta falso, pues, hablar —como lo hace cierta propaganda interesada— de un pretendido antisemitismo árabe. Este no existe. Además, ello sería absurdo, puesto que los mismos árabes son semitas. Además, toda la historia de los árabes ha probado que no fueron realmente hostiles a la inmigración judía sino a partir del momento en que estos últimos declararon su voluntad de formar un Estado judío homogéneo.

El desastre de los ejércitos árabes en la guerra de Palestina no ha servido, por tanto, más que para encender más ese sentimiento. Existe

un verdadero miedo en el mundo islámico. Y, hasta ahora, las potencias occidentales no han hecho nada para disminuir dicho temor y para tranquilizar a los interesados. Si la reciente evolución de los Estados Unidos hacia una política de neutralidad en el asunto de Palestina ha disminuído un poco esa tensión, se halla lejos aún de establecer desde ahora las bases desde las cuales podría partirse para crear una verdadera paz.

Este gran miedo de las naciones ofrece el riesgo, además, no sólo de crear movimientos políticos, sino también de ser un mal consejero en los asuntos internacionales. Y esto es tanto más peligroso cuanto que un nuevo factor entra de manera influyente en los asuntos del Oriente Medio: la U. R. S. S.

Ya hace bastante tiempo que Rusia viene interesándose por los asuntos del Oriente Medio. Desde los tiempos del zar, el Gobierno de San Petersburgo intentaba sin cesar utilizar sus influencias locales en Irán o en Mesopotamia con el propósito de ejercer presión en la política de Constantinopla. Para Rusia, en aquel período, el Oriente Medio no era más que una palanca para lograr sus fines, que eran la conquista de Constantinopla, el dominio de los Estrechos y el restablecimiento del Imperio de Bizancio, del que los zares de todas las Rusias se consideraban los herederos legítimos. No se trataba, pues, precisando mejor, de una política rusa en el Oriente Medio. De lo que se trataba era de una política de los Estrechos, en virtud de la cual el Oriente Medio suministraría un instrumento inapreciable.

Con el advenimiento del bolchevismo, esos fines parecieron cambiar. Si el interés por los Estrechos, como paso navegable, subsistía, desaparecía la idea del restablecimiento del Imperio de Bizancio. Además, Rusia se hallaba eliminada de los asuntos del Oriente Medio en virtud de su debilidad temporal en el momento en que Londres y París creaban en aquél un Imperio colonial. A despecho de ciertos esfuerzos localizados, podemos decir, pues, que la política soviética entre las dos guerras era bastante inactiva en aquella vasta región, acaso porque no presentaba para ella más que un resultado relativamente mediocre.

Durante la segunda guerra mundial, la U. R. S. S. se apoderó de un puesto sólido gracias a la ocupación del norte del Irán. Allí estableció un régimen comunista en Azerbeidján. Como consecuencia de la enérgica actitud de los americanos y del valor personal del Presidente Truman, aquella primera aventura acabó mal. Un ultimátum americano apenas disimulado obligó a los rusos a retirarse de Tabriz y trajo con-

sigo la caída de la dictadura comunista de Pishevari. Por otra parte, en el plano diplomático Moscú había ya perdido la partida, debido también a la suprema habilidad del primer ministro iraní, Gravam Es Saltaneh, y de su auxiliar, Hussein Alá (el actual primer ministro), quienes habían conseguido, frente a la potencia militar rusa, hacer que el Majlie adoptara una ley que impedía la intervención administrativa de las concesiones petrolíferas durante el tiempo en que se ejercitara la ocupación extranjera.

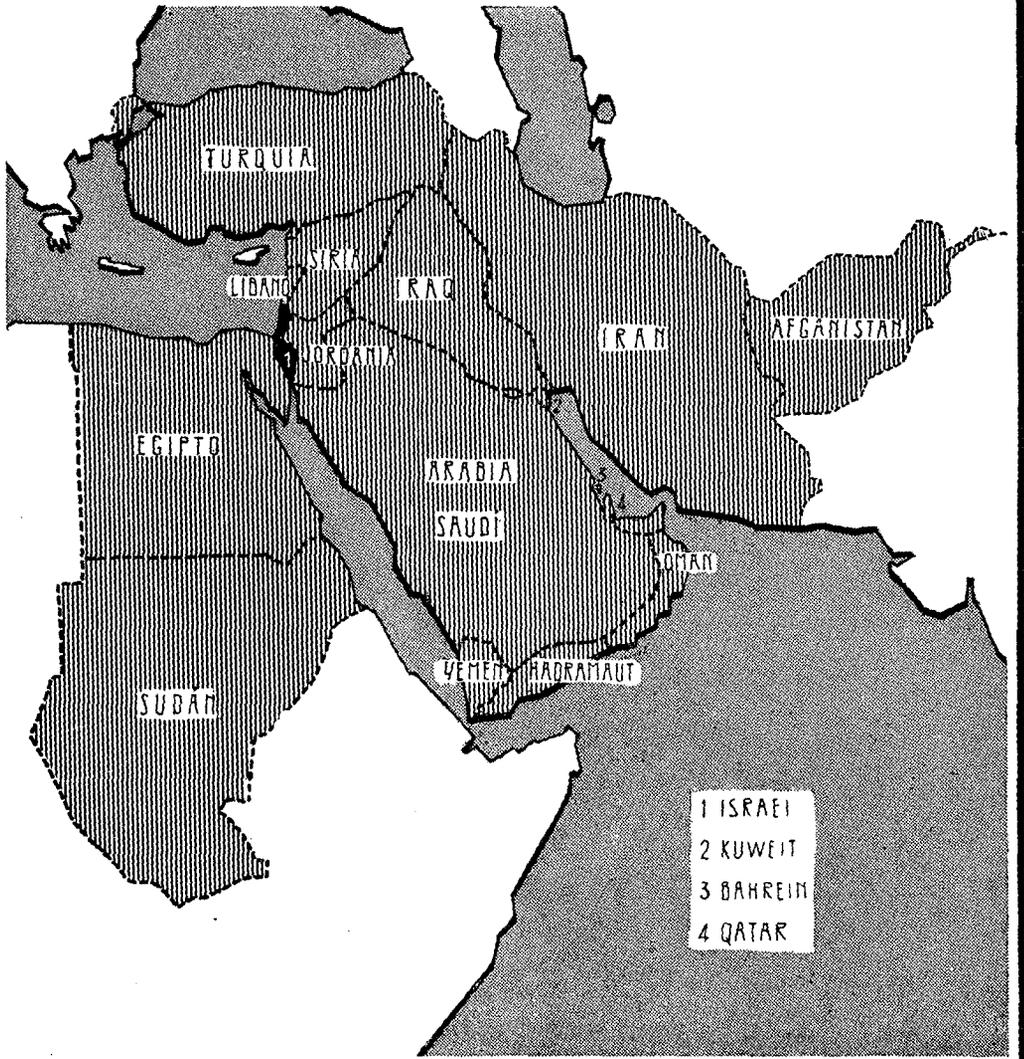
Después de esta amarga derrota, la política rusa cayó de nuevo en la fórmula general de expansión ideológica. Moscú intentó organizar partidos comunistas autóctonos. Sólo lo consiguió, por supuesto, en dos lugares, y todavía allí en una medida bastante modesta. El partido comunista pudo asentarse en Siria, en donde obtuvo el apoyo de una gran personalidad, el señor Khaled Bagdache. En Bahrein, por otra parte, los hombres de Moscú consiguieron incrustarse gracias a dificultades religiosas. En los restantes países, la acción comunista se limitó a los elementos extraños, a los armenios y a los judíos. Ahora bien: cuantos conocen el sentimiento que los árabes tienen respecto a los armenios habrían podido predecir que un partido en gran parte dirigido por éstos no lograría jamás establecerse seriamente en la población.

Realmente, sólo después de la muerte de Stalin, en 1953, es cuando podemos hablar de una verdadera política soviética en el Oriente Medio. Esta no comenzó hasta el día en que Moscú abandonó las fútiles tentativas de organizar partidos *teleguiados* y concentró sus fuerzas en la acción diplomática, directa y efectiva. Este cambio de política, íntimamente ligado con el nombre de Daniil Semenovich Solod, era debido a un imperativo político que ha sido desatendido demasiado.

En 1949 se alteró la estructura del bloque soviético como consecuencia de la aceptación del comunismo por la China popular de Mao Tse-Tung. Hasta dicha fecha, no había habido en el mundo comunista más que una sola gran potencia: Rusia. En lo sucesivo habría dos. Mientras que Stalin vivió, con su prestigio incomparable y como China era débil, no se previó todo el alcance del acontecimiento. Pero cuando Moscú empezó la lucha de los epígonos y cuando la guerra de Corea y la victoria de Indochina había dado un prestigio nuevo a la China popular, en seguida se sintió el efecto. Moscú no era el único dueño del Bloque bolchevique. En adelante había que contar con la voluntad de Peiping.

Ciertos observadores han deducido de este hecho que podríamos esperar un conflicto Moscú-Peiping. Existe en el Foreign Office una es-

EL PROXIMO ORIENTE



cuela de pensadores políticos que siempre se halla dispuesta a construir sobre ese particular toda una política. A nuestro juicio, existe ahí un grave error. El conflicto Moscú-Peiping —si debiera producirse— no es cosa de mañana. Aparte de que una alianza no excluye la rivalidad. Sin contar con que de una parte y de otra puede intentarse el convertirse en *primus inter pares* del mundo comunista. En la alianza atlántica, por otra parte, podemos comprobar una rivalidad Washington-Londres. En este caso, sería igualmente una locura hablar de una ruptura.

Ahora bien: en esta rivalidad, aunque amistosa, entre chinos y rusos, la situación parece favorecer, a largo plazo, a China. Esta nación tiene una población mucho mayor que Rusia. Si sus recursos no se aproximan a los del imperio de Kruschov, tiene al alcance de la mano, por otra parte, los países del Sudeste asiático, cuyos recursos naturales son prácticamente inagotables. La debilidad política de los vecinos de la China popular dan a ésta la esperanza de una expansión fructuosa en el porvenir, mientras que, en Europa, Rusia se ha encontrado claramente detenida después del bloqueo de Berlín y hasta parece que ya no tenga esperanza de poder marchar hacia adelante sin exponerse al riesgo de una guerra mundial.

La perspectiva, desde el punto de vista del Kremlin, es sencillamente la de una China que aumenta en fuerza y de una Rusia que no puede moverse de donde se halla. No hay más que una región en donde esta tendencia podría cambiarse. Rusia podría restablecer su primacía en el mundo comunista si consiguiera dominar y vigilar los recursos humanos y petrolíferos del Oriente Medio.

Para alcanzar un tal propósito Rusia debe vencer el obstáculo de que el comunismo no cuenta apenas con partidarios en ese territorio. Las experiencias ya realizadas prueban que es dudoso que esta situación de hecho pueda cambiarse. Frente a esta realidad, la U. R. S. S. debe buscar un nuevo camino. Lo ha encontrado en las enseñanzas de Lenin, quien declaró que, en último término, toda situación revolucionaria, incluso no comunista, favorecería los designios del Kremlin.

El fin de la política soviética se hace, pues, claro. Se trata de crear en el Oriente Medio una situación revolucionaria que acabaría con los regímenes moderados actuales y elevaría al Poder a elementos extremistas, los cuales pondrían un término a las explotaciones petrolíferas occidentales. Desde este punto de vista la experiencia del doctor Mosadeq ha sido rica en enseñanzas, puesto que al principio Rusia no aparecía interesada directamente y para sí misma en los petróleos del

Oriente Medio. Lo que Rusia desea ante todo es privar del petróleo a las economías occidentales que de él dependen. Al interrumpir el flujo petrolífero, Rusia espera crear así la anarquía económica que favorezca la toma del Poder político.

Ahora bien: para llegar a una finalidad semejante, la U. R. S. S. debe anhelar forzosamente la caída de la mayor parte de los regímenes árabes o islámicos del momento actual. Ni el sha del Irán, ni el rey Faisal, ni el rey Seud tienen interés en poner término a unos contratos que hoy sirven claramente el interés común de sus pueblos y de los que explotan los yacimientos. Se trata, pues, de reemplazarlos. Y esto no es posible lograrlo con fuerzas puramente interiores. Para ello hay que contar con un factor extranjero. Y éste parece haberse encontrado en una nueva guerra de Palestina, que es la finalidad suprema de la política soviética.

En el momento actual, el Kremlin está convencido de que los judíos son más poderosos que sus vecinos. Sin duda por eso, alienta en la vieja tradición de la diplomacia soviética a los países árabes. El suministro de armas a Egipto, negociado por Solod, y el apoyo de Chepilov a Nasser en el asunto de Suez no tienen otro sentido. Lo que los rusos desean es alentar a los Gobiernos árabes suficientemente para que éstos adopten la decisión fatal. Una vez éstos comprometidos en la batalla, los rusos utilizarán el pretexto de las Naciones Unidas y se retirarán a tiempo. Dejarán solos a los árabes frente a los israelitas, con la esperanza de una derrota del Islam, pues una tal derrota militar crearía la situación revolucionaria que el Kremlin desea y abriría de par en par la puerta a la expansión soviética hasta los confines del África Negra.

He ahí, pues, el peligro más grande que hoy amenaza al Oriente Medio. Es también el que, por lo pronto, puede conducirnos a una catástrofe. Es igualmente el principal problema al que deba hacer frente una política del mundo libre bien comprendida.

* * *

Tenemos, pues, en Oriente Medio, una región artificialmente dividida, para fines imperialistas, que hoy está sometida a acontecimientos de una grandiosidad histórica extraordinaria. El efecto de la súbita riqueza por los descubrimientos petrolíferos, el establecimiento del Estado de Israel y, por último, el nuevo imperativo de la política sovié-

tica, todo ello contribuye a crear en aquella vasta región una situación decisiva. Podemos muy bien hallarnos en vísperas de una gran crisis o de un gran resurgimiento. Hagamos notar, de pasada, que los estrechos límites del estudio actual no nos han permitido aludir siquiera a acontecimientos tan considerables como el establecimiento de Marruecos y de Túnez como Estados independientes y a la rebelión argelina.

Frente a esos acontecimientos históricos, la reacción de las naciones islámicas no hace más que desarrollarse. Querer predecir hoy en dónde esta vasta región se hallará moral, política y económicamente de aquí a algunas décadas no creemos que sea posible en la hora actual. Sin embargo, séanos permitido hacer algunas aclaraciones a guisa de conclusión.

En primer lugar, es menester comprender que la idea de la unidad islámica es una idea-fuerza. Ha conquistado ya la adhesión entusiástica de grandes masas. Si los hombres que ocupan el Poder parecen menos apresurados a realizarla, eso no será, a lo sumo, más que un factor de retraso. Y ello es tanto más evidente cuanto que los pueblos del Islam no conocen el nacionalismo exacerbado que constituye la desgraciada herencia que la Revolución Francesa legó al Continente europeo. En los países del Islam el reinado de Dios en la tierra es todavía una realidad. También entre nosotros hubo un tiempo en que la idea del Occidente cristiano era algo tangible, y de ahí que la comunidad religiosa prevaleciera sobre la comunidad lingüística o pretendidamente racial. Mientras que nosotros nos atomizamos, en Karachi y en Rabat existe un sentimiento común islámico. La ceguera nacionalista no desempeña allí ningún papel, salvo frente a aquellos de sus vecinos que no pertenecen a la gran comunidad del Alcorán. Este sentimiento de la unidad del Islam se ha visto reforzado por la política que siguió en 1918. Los pueblos del Oriente Medio han comprendido que únicamente su división facilitaba el establecimiento de un régimen colonial en sus territorios. Igualmente comprendieron que únicamente la unidad del mundo islámico podía dar nuevamente a éste una potencia internacional y permitirle hablar de igual a igual con los grandes Estados del mundo.

Esta idea de la unidad islámica ha subyugado a los más finos espíritus de este mundo. Han sido hechos varios ensayos concretos. El mejor de los conocidos fué la Liga Árabe. También se ha hablado mucho del fracaso de ésta. Pero nosotros no creemos en esa derrota. Sin duda que la Liga ha conocido reveses desde el punto de vista de la línea política y militar. Pero también ha obtenido éxitos en materias culturales y

económicas, tanto más notables cuando se analizan las condiciones adversas.

La Liga debe ser considerada como un precursor. Puede allanar el terreno y abrir el camino a mejores soluciones. Sabiendo es un órgano colectivo, no puede ser, a buen seguro, el factor unificador que el Oriente Medio espera de parte de un Estado o de parte de una personalidad. Porque el primer paso debe darlo un factor resuelto, que restablecerá en forma moderna el Califato —autoridad religiosa y política— con que no cesan de soñar los pueblos del Oriente Medio.

Hoy, el terreno parece bastante propicio para una acción parecida. Pero mucho dependerá de quién enarbolará la bandera.

Eliminemos, desde luego, aquellos Estados que nos parecen a la hora actual más alejados de una posición o punto de partida favorable. El Líbano es cristiano. Siria, Jordania, el Yemen, Libia y Túnez son demasiado pequeños y muy poco poblados. La Arabia Saudita no acaba sino recientemente de salir de un aislamiento secular. Empero, su prestigio es enorme. El Irán tiene numerosos problemas interiores. Turquía sigue sufriendo aún las consecuencias del laicismo, tan poco islámico, de Atatürk. Si este país pasa hoy por un notable resurgimiento religioso, tendrá necesidad aún, no obstante, de un cierto período para restablecer su posición entre los creyentes. A despecho de eso, Ankara podría desempeñar un papel decisivo si secundara a algún otro factor.

Esta primera eliminación nos deja a tres Estados: el Irak, Egipto y Marruecos. Estos tres Estados representan, con su política, las tres tendencias que el mundo del Islam puede adoptar. El Irak es una fuerza tradicional. Es también el pacto de Bagdad. Es asimismo la amistad turca y la de todos los musulmanes no árabes. Representa también la hostilidad irreductible contra la U. R. S. S. y, por consiguiente, la colaboración con el mundo libre.

Marruecos es el dinamismo de una nación vigorosa, recientemente liberada. Es el acuerdo con las potencias mediterráneas y con el Occidente. Es, por último, la tradición en toda la pureza del término.

El Egipto es hoy, en fin, la revolución burguesa, una combinación del espíritu de 1879 y del totalitarismo de 1933. Es un elemento laico disfrazado. Es un neutralismo y la inteligencia con el bloque del Este.

De entre estos tres Estados deberá salir el que dirija el mundo islámico. Como países extraños podrían mantenerse, en rigor, Turquía y la Arabia. Deberá tratarse, pues, en los próximos años, de saber cuál de los tres logrará captar la imaginación de las naciones islámicas.

Por eso nos parece que hoy cualquier gesto dramático, cualquier hecho sorprendente, puede desencadenar en el Oriente Medio un movimiento irresistible de unificación.

Hay bastantes observadores políticos que han expuesto el temor de que, una vez en movimiento, el Islam podría entregarse al Comunismo. En este estudio hemos intentado demostrar el peligro real que representaba la política de la U. R. S. S. para los países islámicos. Pero de eso a creer que el Comunismo pueda arraigar en los pueblos del Islam hay un grandísimo trecho. Eso nos parece harto improbable, por lo menos durante el tiempo que el Islam continúe existiendo como tal, pues la incompatibilidad entre la doctrina del Alcorán y la de Lenin es absoluta. Así como un verdadero católico no será nunca comunista, un verdadero musulmán no lo será tampoco. Porque un estudio profundo del Oriente Medio nos enseña aún una vez más el absurdo intrínseco del *slogan* anglosajón *Poverty breeds Communism*, la pobreza es la raíz del Comunismo. Porque la doctrina de Mosú no puede expandirse sino allí en donde existe un vacío espiritual. Y, a Dios gracias para nosotros, no es ese el caso para el Oriente Medio.

* * *

De todas estas consideraciones resulta que nosotros, los Estados occidentales, tenemos un grandísimo deber que cumplir frente al mundo del Islam.

Si llegamos a emanciparnos de los prejuicios que nos han sido inculcados, descubriremos que en el plano espiritual hay una profunda comunidad entre nosotros y el mundo del Alcorán. En una gran medida, Mahoma se ha inspirado para sus principios morales en nuestras Santas Escrituras. Si tenemos, pues, fuerza bastante para hacer abstracción de lo accesorio, hallaremos una gran herencia común cristiana que nos acerca y hace que seamos solidarios del mundo del Islam.

Debemos admitir que las naciones europeas han cometido faltas terribles. El recuerdo que allí hemos dejado no es una cosa de la cual podamos sentirnos orgullosos. Pero si tenemos el valor de admitir estas faltas y de buscar un nuevo punto de partida, hallaremos un espíritu de comprensión que excederá a nuestras más hermosas esperanzas.

Además de esa herencia moral común, existen también las realidades políticas y los intereses mutuos que nos unen. Tenemos hoy un enemigo común: la U. R. S. S. y su deseo de expansión. Nuestra segu-

ridad como europeos se defenderá en el Oriente Medio. Y la independencia de Teherán, de Bagdad o de Damas se salvará en Madrid, en Berlín o en Viena.

También sobre el plano económico nuestros intereses se complementan. Nuestra economía depende del petróleo del Oriente Medio. Por otra parte, nuestros conocimientos técnicos pueden ayudar a los pueblos del Islam a desarrollar su admirable potencial. Por último, el Mediterráneo es la vía común que nos une y que no nos separa.

Considerando todas estas realidades, es de nuestro mayor interés, como europeos, ayudar por todos los medios al anhelo de unidad de los pueblos del Oriente Medio. Si así lo hacemos, podremos al fin convencerlos de que no hay ningún motivo ulterior por parte nuestra y de que servimos a una causa común.

Ya hemos hecho notar el paralelismo extraordinario que existía entre el Imperio otomano y el Imperio de Austria-Hungría. Podemos decir hoy que mientras esos dos Imperios pertenecen ya a la Historia, la misma solidaridad renace entre la Europa entera y los pueblos del Islam. Esta vez nos corresponde a nosotros reconocer ésta a tiempo y hacer de ella un principio de vida para el porvenir y no —como acaeció trágicamente en el caso de 1918— el último gran gesto de una muerte gloriosa.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA